

la materia por el imperio de su voluntad sobre sus fuerzas físicas, y el de sus fuerzas físicas sobre la materia inerte. ¿Cómo explicar este primer fenómeno? Por la existencia de los objetos externos, su acción sobre los sentidos, y el efecto de esta acción en el espíritu. No es de nuestro propósito elevar la explicación de este fenómeno á la clase de una ciencia, no es necesario tampoco: se perdería el tiempo en enseñarle á cada uno lo que todo el mundo sabe. Hai cuerpos fuera de nosotros, nosotros mismos tenemos un cuerpo; hai sentidos en nuestro cuerpo, y estos sentidos lo son en tanto que nuestra alma recibe las afecciones que en ellos se verifican. Expliquemos, pues, la economía de este fenómeno tan solo para llamar á la unidad y á la clasificación lo que todos conocemos y sentimos.

Cualquiera que tenga una idea mui superficial de las cualidades de los cuerpos, sabrá que estos afectan de cinco modos el nuestro. En la vista obran inmediatamente los rayos de la luz; en el olfato, las partículas que se exhalan de los cuerpos olorosos, en el gusto, las partículas de aquellos que se destinan al alimento ó al placer del paladar; en el oído, el movimiento vibratorio del aire que conduce el sonido; y en el tacto, la extensión de los otros cuerpos en virtud de su impenetrabilidad. Este es un hecho demostrado por la experiencia de todos los siglos, y por lo mismo puede raciocinarse sobre él con entera seguridad. ¿Con qué nombre darle á conocer? Le llamamos *impresion*. Se sabe el origen de esta palabra: viene de la preposición *in* y del verbo *premere*, la primera significa el lugar donde pasa alguna cosa, el segundo designa el acto de estar una cosa obrando inmediatamente sobre otra. Si pues aplico un cuerpo á cualquiera parte del mio, produzco una impresion, es decir, una *presion en cierto lugar*: si los aromas llegan á mi olfato, producen una impresion, es decir, cierta *presion* en el órgano de aquel nombre: si los objetos visibles hieren mis ojos, es porque los rayos de la luz que vuelven de la superficie de aquellos, producen una *presion en* mi pupila. Finalmente, si experimento el placer de un sabor exquisito, ó el desagrado de otro que no lo sea, es precisamente porque las partículas del cuerpo sabroso ejercen una *presion* inmediata en el órgano del gusto. Queda pues demostrado el hecho y manifiesta la exactitud del nombre que le designa. Pasemos adelante.

¿La impresion es lo mismo que el sentimiento de ella? Decimos que no. Podríamos valernos de varias pruebas; pero en obsequio de la brevedad presentaremos una del

todo concluyente. Puede existir la impresion en el órgano sin el sentimiento de ella: luego aquella y este son enteramente diversas. Que puede existir y que existe defac-to innumerables veces, es un hecho que acredita la experiencia de todos los dias. Hombres hai que por un vicio de la organizacion no pueden sentir las impresiones de los objetos exteriores, sin que por esto dejen de obrarse en ellos tales impresiones. Un ciego no sabe que el sol existe, sino porque oye asegurarlo generalmente; sin embargo, si tiene abiertos sus párpados, recibe su pupila la impresion de los rayos de luz. Es indiferente un manjar agradable para el que tiene viciado el órgano del gusto; y sin embargo, no es ménos cierto que las partículas de aquel ejercen allí su acción, como pudieran hacerlo en el órgano mejor constituido. Resulta de lo expuesto, que el sentimiento es un hecho mui diverso de la impresion. ¿Qué se necesita pues para que esta sea correspondida de aquel? Dos cosas precisamente: primera, un conducto por donde la impresion exterior se comunique á la parte interior; segundo, una sustancia interna que la reciba. Inhiérese de aquí que el sentimiento de la impresion es precisamente el acto en que el alma la recibe por un conducto determinado. He aquí el motivo que nos ha decidido á designar este sentimiento con el nombre de *percepcion*. Esta palabra viene de la preposicion *per* y del verbo *capere*. La primera significa entre otras cosas, el conducto por donde se pasa; y el verbo designa el hecho de tomar ó recibir algo. Luego el verbo *percipere* significa recibir alguna cosa por un conducto determinado; y por lo mismo el nombre que se ha dado al sentimiento de la impresion externa, tiene toda la exactitud filosófica.

Basta lo dicho para establecer el primer hecho de que ha de partir el análisis de las facultades de nuestra alma. Por via de método anticiparemos aquí que todas ellas se refunden en categorías, la de los conocimientos, que se llama *entendimiento*, y la de las voliciones y noliciones, que se llama *voluntad*. Entremos en materia.

ENTENDIMIENTO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ATENCION.

Acabamos de ver cómo el sistema, sensible comenzando

por la acción de los objetos externos sobre nuestros órganos, termina en la *percepcion*. Esta palabra puede ser sinónima de *sensacion*, si en la *sensacion* el alma permanece pasiva; pero en el caso contrario, la *sensacion* es cosa diversa. Si la *sensacion* consiste, como pretende Condillac, en el acto de referir nuestras percepciones al objeto que las causa, desde aquí comienza la actividad de nuestra alma, y la escuela sensualista se halla en el caso de reducir la *sensacion* á la clase de una simple *percepcion*, ó de sufrir una derrota completa desde su primer punto de partida.

El alma, pues, no siempre es indiferente á las impresiones que recibe; y sea que la afecten agradable, sea que desagradablemente, las mas veces vuelve sobre el mismo conducto por donde han pasado á ella, y se fija desde luego en los objetos que las producen. Este es un hecho que no ha menester de prueba, pues todo el mundo le conoce por experiencias que se repiten á cada momento. Un ruido desagradable se siente por necesidad; una música melodiosa se escucha con interes; detiènese con arrobamiento el espíritu á la vista de una perspectiva hermosa; deja con indiferencia un objeto despreciable. Cuando la necesidad mas urgente obliga al enfermo á tomar una bebida amarga, hace lo que puede para borrar hasta el último recuerdo de su impresion; mui al contrario de un manjar exquisito, cuyo sabor delicado quisiera prolongar indefinidamente. Todos estos hechos están manifestando que el alma recibe unas veces las impresiones sin referirlas á objeto ninguno, mientras que en otras se fija desde luego en el objeto que las produce. Todas las lenguas tienen palabras diversas para explicar estos hechos diferentes: donde quiera encontramos los verbos *ver* y *mirar*; el primero, que indica la acción de los objetos visibles en el alma, y el segundo, que expresa la acción del alma sobre los objetos visibles; los verbos *oir* y *escuchar*, *gustar* y *saborear* &c. &c.

Estos dos estados de la alma son tan diversos, que seria imposible confundirlos: en el uno los objetos obran sobre ella; en el otro ella obra sobre los objetos: en el uno es puramente pasiva; en el otro es activa: las impresiones las percibe, aun cuando no quiera, desde el instante en que el objeto obra sobre los sentidos, al paso que es enteramente libre para volver ó no sobre el objeto que ha causado tales impresiones. Establecida pues la diferencia, solo resta designar con algun nombre el tercer hecho. Le llamamos *atencion*, del verbo *attendere*, compuesto de la preposicion *ad* y el verbo *tendere*; esto indica precisamente el acto de di-

rigirse, y aquella manifiesta el punto que sirve de término á esta direccion. *Atencion*, pues, es la tendencia del alma á un objeto determinado.

La *atencion* es pues la primera facultad de nuestra alma: como facultad es esencialmente activa; y puesto que sin ella no puede nuestra alma, como veremos luego, ni aun formarse ideas de las cosas, debe concluirse de aquí, que todos los conocimientos, que llegamos á adquirir, son un resultado preciso de la actividad de nuestra alma.

La *atencion* produce ordinariamente dos efectos en el alma: primero, las *ideas*; segundo, ciertas facultades, que no son sino los varios modos de ser que va teniendo aquella en su desarrollo, ó bien el efecto de su permanencia sobre las ideas. Hablaremos de unas y otras con la debida separacion.

§ I.

DE LAS IDEAS.

El primer efecto de la *atencion* es la *idea*. Nos explicaremos. Se ha visto ya que, cuando se dirige la *atencion* al objeto que ha conmovido los sentidos, queda en el alma una representacion mas ó ménos perfecta, pero siempre análoga á las impresiones recibidas. Por esto un pintor puede reproducir en su lienzo las imágenes de los objetos que le han afectado, aun cuando no les tenga presentes; por lo mismo sucede que un filarmónico canta el solo despues lo que ha oido cantar, ó toca lo que ha oido tocar: por la misma causa preferimos ciertos olores y sabores á otros, y aplicamos nuestro tacto á unos objetos, ó le retiramos de otros. A estas representaciones las llamamos *ideas*; pues aunque esta palabra, tomada del griego, significó en su origen la *imagen*, puede aplicarse á las otras percepciones por una especie de analogia. Cierito es que el olor, el sabor, el sonido, el calor, el frío, la aspereza ó tersura de las superficies, no tienen color ni figura, y por lo mismo sus representaciones, hablando en rigor, no son imágenes; pero esto no es un inconveniente que nos obligue á variar de nombre. El nombre le aplicamos á la representacion en general, la cual se verifica de un mismo modo, sea cual fuere el sentido afectado; y claro es, que habiendo una semejanza mui notable bajo este respecto, y aun una identidad absoluta en la operacion, puede aplicarse metafóricamente la palabra *idea*, no

solamente á las representaciones de la figura y colorido, sino tambien á las que se tienen de las otras cualidades de los objetos. Por otra parte, en materia de voces el uso es el juez, juez irrecusable y sin apelacion, al cual deben sujetarse nuestros discursos y nuestros escritos: he aquí un nuevo motivo para hacer una aplicacion que hace todo el mundo.

Aquí parece que debiamos entrar en la célebre cuestion de las *ideas innatas*; pero realmente no debe ser así. ¿Porqué? porque siendo el principal objeto de esta seccion el desarrollo de las facultades del alma, las ideas figuran como un objeto subalterno, un grado de transicion. Cuando se trate directamente del pensamiento, será otra cosa; porque su carácter histórico nos llevará por precision á decir algo sobre este punto. Veámos pues, como la accion de la atencion sobre las ideas, que ha hecho nacer, desarrolla varias facultades, que no son en sustancia sino la misma atencion trasformada en su modo de obrar, ó fecundada en sus efectos.

§ II.

DE LA REFLEXION CONSIDERADA EN GENERAL.

Si el alma tiene la facultad de fijarse en un solo objeto, la tiene igualmente de fijarse en otro. Pero muchas veces se fija alternativamente en dos ideas para descubrir ciertas relaciones entre ellas. Cuando los objetos sean muy llanos ó el espíritu esté muy ejercitado, una ojeada sola bastará para conseguir el fin; pero no es esto lo comun, y casi nunca se verifica el descubrimiento de ciertas relaciones, sin fijarse alternativamente en los dos objetos. Este movimiento alternado de la atencion sobre dos ideas es lo que se llama propiamente *reflexion*, nombre figurado de que se ha hecho uso por la semejanza que tiene este acto de la atencion con el movimiento de un cuerpo que, habiendo chocado en cierto lugar, retrocede desde aquí al punto de partida sobre la misma línea de incidencia.

Viendo en qué consiste la reflexion, se ve tambien de qué modo enlaza el alma sus ideas; pues la misma frecuencia con que lleva su atencion de una en otra idea es causa de que, recordando una, recuerde inmediatamente la otra. Esto, que sucede en dos ideas, se verifica en muchas, siempre que dirige su atencion á ellas de la misma manera.

Este enlace de las ideas es el fundamento del orden que se advierte en los principios de las ciencias. Veámos ahora cómo de la reflexion nace la comparacion.

§ III.

COMPARACION.

Cuando el alma recorre alternativamente sus ideas, fijándose en una, pasando á otra, retrocediendo á la primera, y volviendo de nuevo á la segunda, en fuerza de la repeticion de estos actos, llega por último á ver casi á un mismo tiempo las dos ideas sobre que reflexiona, bajo un aspecto comun, y entónces se dice que compara las ideas. La *comparacion* pues no es otra cosa, que el acto de considerar dos ideas bajo un aspecto comun.

Por lo que se ha visto, la *comparacion* y la *reflexion* no son facultades diversas de la *atencion*, sino mas bien modificaciones suyas: la primera, por ejemplo, no es mas que la atencion alternativamente dirigida á dos ideas, y la segunda es la misma atencion contemplándolas bajo un aspecto comun.

La comparacion da por resultado la percepcion casi simultánea de lo que tienen de comun ó semejante dos ideas comparadas; y esta percepcion, fijando á su turno la atencion, da la idea de la semejanza percibida. Veamos ahora los efectos que produce el desarrollo continuo de la atencion sobre sus ideas, y los enlaces que de estas se forman.

§ IV.

MEMORIA, REMINISCENCIA, IMAGINACION.

Así como la atencion, cuando se fija en las percepciones que ha recibido el alma por el conducto de los sentidos, produce las ideas, así tambien, cuando se fija en estas, las enlaza. Por este enlace de ideas el alma puede conservarlas mucho tiempo, recordarlas cuando quiere, y en consecuencia adquiere la *memoria*, pues esta no es otra cosa, que la facultad de recordar ideas.

Suele suceder que, no conservando memoria ninguna de ciertas ideas, las vuelve á adquirir alguna vez; pero aun entónces no las ve como nuevas, pues el enlace que hai

entre la idea y el sentimiento de ella hace que nuestra alma conozca al recibirlas, que ya las habia tenido otra vez. Esta facultad se llama *reminiscencia*, que como se ha visto, es un resultado del enlace de las ideas.

Finalmente, todo el mundo sabe por experiencia propia, que nuestra alma conserva largo tiempo la imagen de los objetos visibles, y que aun cuando estos estén ausentes, ella los está viendo en sí misma, y tambien, cuando quiere, forma de ellas nuevas combinaciones, y las comunica nuevas formas y diverso colorido. Esta facultad se conoce vulgarmente con el nombre de *imaginacion*, la cual resulta igualmente, á lo ménos en su primer grado, del enlace de las ideas.

Lo que hasta aquí hemos dicho sobre la *memoria*, la *reminiscencia*, la *imaginacion*, la *comparacion* y la *reflexion*, es un simple antecedente, y no tiene mas objeto que presentar á un golpe de vista estas facultades, para demostrar que no son ellas en sustancia, sino los diversos modos de existir y de obrar que tiene la atencion. Mas cada una de estas facultades, excepto la *reminiscencia*, á medida que se desarrolla y fecunda, va saliendo, digámoslo así, de la esfera de una simple atencion transformada, y exige, para ser bien conocida, un análisis particular. Consecuentes pues á este concepto, procederemos á discurrir especialmente sobre cada una de ellas en el mismo orden con quedan enunciadas.

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LA MEMORIA.

“La palabra *memoria* no es empleada siempre precisamente en el mismo sentido; pero siempre expresa alguna de las modificaciones de esa facultad, por la cual guardamos en depósito y conservamos para algun uso futuro los conocimientos adquiridos. Esta facultad es evidentemente la primera basa de nuestros progresos intelectuales, siendo claro que sin el socorro que ella nos suministra, llegaria á ser inútil para nosotros la experiencia mas dilatada. Consta la *memoria* de dos facultades subordinadas: ¿cuales? la capacidad de retener las cosas que hemos aprendido, y el poder de llamarlas á nuestro pensamiento cuando se nos ofrece la ocasion de aplicarlas. Una y otra se significan con la palabra *memoria*.¹”

“Los hechos individuales que constituyen el tesoro de nuestros conocimientos, son llamados de vez en cuando á nuestro pensamiento, ya espontáneamente, esto es, sin intervencion alguna de nuestra voluntad, ya mediante la accion laboriosa de nuestra voluntad sobre nuestro entendimiento; mas como el resultado es uno mismo, siempre se caracteriza con el nombre de *memoria*.¹”

Refiérense las operaciones de la memoria ó á las cosas, ó á sus relaciones mutuas, ó á los acontecimientos. En el último caso el recuerdo viene unido con la idea del tiempo; no así en los dos primeros. Mas estas diferencias importan poco, puesto que, dando el mismo resultado genérico, pueden ser representadas por la misma palabra.

“¿Cómo y porqué accion, pregunta un escritor de nuestros dias, se produce este fenómeno de la *memoria*? La filosofía, dice, se ha propuesto algunas veces esta cuestion; pero ni una sola se la ha llegado á resolver. Nosotros vamos todavía mas léjos, pues tenemos entendido que este es uno de aquellos problemas cuya solucion ha sido rehusada á nuestra inteligencia. De ordinario en todas las cosas viene á escapárenos la última razon de ellas; este es el secreto de Dios.² “Yo encuentro en mí, dice Reid, la concepcion distinta y la firme conviccion de una serie de acontecimientos pasados. ¿Cómo se produce este fenómeno en el alma! yo le llamo *memoria*; pero el nombre no es la causa.³”

En vano recurriríamos al sistema de las ideas innatas, á una causa unitaria independiente del vínculo que conserva la vida de relacion exterior; porque en esta hipótesis quedarian sin solucion absolutamente las visicitudes por donde suele pasar la memoria en consecuencia de las que sufre el sistema sensible. En vano recurriríamos á las teorías filosóficas que han pretendido explicar el fenómeno por las impresiones ó imágenes que quedan en el cerebro; porque el fenómeno de las ideas intelectuales y morales, que se conservan y reproducen en nuestro espíritu, como las ideas sensibles, se presentaria como un efecto sin causa, ó reduciria á la nada la referida hipótesis, por ser incapaz de darle una explicacion satisfactoria.

¹ DUGALD-STEWART. Eléments de la philosophie de l'esprit humain. Chap. VI, Sect. 1. [Extrait.]

² MALLETT, (Inspector de la Académie de Paris) en el *Dictionnaire des Sciences philosophiques*, art. MEMOIRE.

³ Essai sur la memoire. Ch. 11.

Dejando pues á los curiosos el sabio entretenimiento de investigar sin fin sobre objetos cuyas causas pueden ignorarse sin inconveniente alguno para los efectos prácticos de nuestras facultades internas sobre nuestras ideas, recorrerémos cuatro hechos experimentales que hallamos consignados en el *Diccionario de las ciencias filosóficas*.

PRIMERO. Es un hecho experimental que aquellas cosas que mas vivamente nos han interesado, ó mas profundamente nos han conmovido, se recuerdan con mayor exactitud y facilidad, y se conservan en la memoria por mas tiempo que las insignificantes ó pasajeras.

SEGUNDO. Es un hecho del mismo género, que las cosas en que poco ó nada fijamos la atencion, ó se nos escapan absolutamente, ó desaparecen pronto de la memoria; mientras que se graban mejor en ella, dejando á la vez un recuerdo mas fiel y permanente, aquellas en que mas hemos fijado nuestra atencion.

TERCERO. La experiencia nos enseña tambien, que el orden y la regularidad con que se presentan las ideas, influyen notabilísimamente en que se recuerden con mas facilidad y se conserven de una manera mas fiel.

CUARTO. Se advierte con demasiada frecuencia, que nunca es mas fiel ni mas pronto el recuerdo de una idea, que cuando ella, mediante un enlace natural ó artificial, se liga en la memoria con otra idea de mas fácil recuerdo.

Coligese de lo dicho, que la viveza de las impresiones, el empeño de la atencion, el orden económico y el enlace natural ó artificial de las ideas, son otros tantos medios de ejercer con provecho, desarrollar sin obstáculo y expeditar casi del todo la facultad que nos ocupa.

La función principal de la memoria consiste en recoger y conservar los resultados de la experiencia, para que nos sirvan de regla en nuestra conducta futura, y bajo este respecto la memoria puede sin duda ser mas ó ménos perfecta en diferentes individuos por muchas razones: primera, por la mayor ó menor facilidad que se tenga para adquirir estos resultados de la experiencia; segunda, por la permanencia ó duracion de lo que se adquiere; tercera y última, por la prontitud con que el individuo sabe servirse de ellos en las ocasiones particulares. Siguese de aqui, que tres cosas constituyen una buena memoria: aptitud para adquirir con facilidad, tenacidad para retener, y prontitud para recordar. La reunion de estas tres cualidades es un fenómeno bien raro; mas puede suplirse á la naturaleza con el arte y el trabajo, á fin de obtener resultados análogos.

¿De qué modo se suple la naturaleza! por los apuntes, la repetición constante de la lectura, el orden en la colocación y distribución de las ideas, &c. &c. De aquí se infiere que la memoria es unas veces efecto inmediato de la naturaleza, y otras obra principalmente del arte: lo cual ha dado margen á que se reconozca y acepte una división de la memoria en *natural* y *artificial*.

La *reminiscencia*, según se ha visto ya, es ménos una facultad nueva que una de tantas modificaciones de la memoria. Obsérvese cómo no se retocaria, digámoslo así, una idea presente con su imagen ya pasada, hasta producir la conciencia de la identidad, si la imagen ó idea no se conservasen, no se reprodujesen bajo el carácter de habidas ántes. Si al ver á una persona, siento que la he visto otra vez, su presencia no es, digámoslo así, sino un toque dado á mi memoria, una causa ocasional que la pone en acción. En esto nos fundamos para creer que la *reminiscencia* no viene á ser sustancialmente sino la *memoria* en uno de sus actos. La experiencia que tiene cada uno acerca de este fenómeno, saca de ordinario á la *reminiscencia* de la esfera puramente casual en que la colocan los filósofos de la escuela sensualista. Según ellos la *reminiscencia* nunca puede ser un acto deliberado, reducida como lo está bajo el sistema sensualista al efecto de sentir la identidad de una idea presente con ella misma pasada. Pero realmente no es así, porque sobre la experiencia dicha el alma puede ponerse, y se pone de hecho muchas veces, á buscar estas identidades: lo cual es tan cierto que, como veremos á su tiempo, la *reminiscencia* tiene un criterio propio para certificarse del hecho, y no incurrir en los errores consiguientes á un falso recuerdo.

CAPÍTULO TERCERO.

DE LA IMAGINACION.

Cuando hablamos de esta facultad, la limitamos, como se ha visto, á la simple aptitud para conservar la imagen sensible de los objetos ausentes, ó combinar en la forma otros nuevos objetos capaces de representarse bajo un aspecto visible. Así debia ser cuando no hacíamos mas que mencionar la *imaginacion*; mas ahora procuraremos fijar de algun modo esta nocion importante, sirviéndonos al propósito de

las doctrinas de tres célebres filósofos de nuestros días, que citaremos al concluir.

La antigua *Sicología* no veía en la imaginación sino una simple capacidad para conservar y reproducir las percepciones del sentido de la vista en ausencia de los objetos. *Platon* no nos dejó ninguna teoría de esta facultad: tal vez en ella no miraba otra cosa que la memoria imaginativa. *Aristóteles* consagra en su tratado "del Alma," todo un capítulo al análisis de esta facultad. Hácela entrar en el alma sensitiva, y la coloca, en el orden de las facultades, entre los sentidos y la opinión; pues que se distingue de los primeros en que no necesita la presencia real de los objetos para conservar su imagen, y de la segunda, en que no complica en grado alguno la creencia. La *Sicología* estoica modifica muy esencialmente la teoría de *Aristóteles*, pues que considera la alma como una fuerza, y la vida como una acción: atribuye á su actividad todas las facultades del alma, inclusa la sensación, y reputa, en consecuencia, la *imaginación* como un poder activo, reducido, por otra parte, á la única tarea de conservar las impresiones sensibles. Los *Alejandro*s adelantaron mas la teoría de los Estoicos: *Plotino* reconoce una *imaginación* superior, cuyo destino es representar en imágenes todas las ideas. Verdadero espejo de que se sirve la razón para reflejar sobre la naturaleza sensible las iluminaciones de la inteligencia pura, esta *imaginación* es para ellos una facultad intelectual que sobrevive á la separación del alma y el cuerpo. Libre y exenta de todo vínculo sensible, sigue á la alma en su vuelo hácia las regiones celestes, y es una de las facultades que se hacen sentir en la bienaventuranza. Esta teoría de la *imaginación* es profunda y original, porque ningún filósofo anterior la había presentado, ni podido tampoco, entrando *Platon*, traducir como *Plotino* en imágenes centelleantes las abstracciones mas sutiles de la dialéctica.

La *Sicología* moderna volvió á la imaginación sensible. Para *Descartes* no es la *imaginación* sino un intermedio que convierte la sensación en recuerdo. *Malebranche*, considerándola también como una facultad sensible, emplea para explicar su origen, la hipótesis fisiológica de un sistema de pequeños filamentos nerviosos que parten de los órganos exteriores de la sensibilidad, y van á terminar al cerebro. La conmoción de este sistema puede provenir de una doble causa, esto es, ó de la impresión de los objetos sensibles sobre la parte de los nervios que termina en los órganos, ó de la influencia de los *espíritus animales* sobre la parte de los ner-

vios que termina en el cerebro: en el primer caso hai una simple percepción, en el segundo no hai mas que imaginación. Si la acción de los espíritus animales es fatal, la *imaginación* será pasiva; si es, empero, provocada por la voluntad, será activa. La escuela de *Condillac* suprime la distinción de pasivo y activo en el sistema de las facultades, y reduce la *imaginación* á la simple capacidad de conservar las impresiones sensibles. *Laromiguiere* restituye la actividad á la *imaginación*, convirtiéndola en una reflexión que combina las imágenes. *Maine de Byran*, llamando á la doctrina estoica de las facultades activas la *Sicología*, distingue dos imaginaciones, una enteramente pasiva, que nos es comun con los animales, y se ejerce principalmente en el delirio, en el sueño, en el somnambulismo; y otra activa y voluntaria, que es propia del hombre, y no se desenvuelve sino en los estados en que la alma tiene perfecta conciencia y plena posesion de sí misma. Por lo demas, ambas se limitan á reproducir imágenes. *Kant* parece haber considerado la *imaginación* como la facultad de *schematizar*, es decir, de representar bajo formas generales los objetos de nuestras sensaciones; por ejemplo, las concepciones abstractas de *encina* y *árbol*, de *leon* y *animal* son *schémas* propiamente dichos, y deben referirse á la *imaginación*.

Hemos visto ya las diferentes opiniones y teorías filosóficas sobre la *imaginación*. Ninguna de ellas, á excepcion de la de *Plotino*, ha tenido una boga general. Que el ejercicio de esta facultad sea fatal ó voluntario, que termine en una reproducción concreta y pasiva, ó en una representación abstracta y general de los objetos sensibles, nada anuncia en las definiciones precedentes, excepto la de *Plotino*, la *imaginación* que inventa, cria, idealiza, la verdadera *imaginación*. La memoria imaginativa, lejos de ser toda la imaginación, no podria considerarse ni como su primer grado, sino apenas como una condicion esencial de ella. En efecto, esta bella facultad no está reducida exclusivamente á sacarnos de la inmensa realidad que nos circunda, para trasportarnos á la realidad todavía mas inmensa que ella forma con sus creaciones, á ese mundo de prestigios y de encantos donde hallan sus tipos magníficos las bellas artes, y de donde emanan las impresiones sublimes que ocupan la alma del poeta; sino antes bien, dilatando casi hasta lo infinito la esfera de su acción, nos hace componer seres que no hai en la naturaleza, modificar los que existen, y presentarlos de ordinario con los atractivos de la novedad. La *imaginación* en su mas alto grado constituye el *Genio*, este rei de la in-

teligencia humana, que todo lo rinde á su poder, que rige los sentimientos subyugando la imaginación, y á quien reconocen por soberano las maravillas de las artes y las obras maestras de la elocuencia y de la poesía. Su esencia consiste, en combinar las impresiones de lo pasado de tal modo, que formen un compuesto, un todo cuyo tipo buscaríamos en vano en el mundo real: los recuerdos son los materiales de que usa; el acto de reunirlos es propio suyo: de ella nace el soplo de la vida que los anima, y por eso se califica de facultad creadora. Claro es que en la creación ha de entenderse restringida, como todo lo que pertenece á un ser finito, cual es el hombre. Los recuerdos proceden de ideas que tuvieron origen en las impresiones que las cualidades de los cuerpos ocasionan en los sentidos: estas cualidades no dependen de nosotros, ni por consiguiénte las especies que de ellas se conservan en la memoria. Así aun en el ejercicio de la facultad mas brillante y en que se manifiesta mas la excelencia del alma humana, se descubre la imposibilidad de que esta se libre absolutamente de la lei que la sujeta á lo exterior. En este sentido puede decirse que los recuerdos son el vínculo que une las creaciones de la imaginación con las realidades.

Con esto hai ya lo suficiente para comprender cuán vasto es el campo que se ofrece á su energía, y cuán variadas han de ser sus creaciones: mas para que estas se verifiquen, no basta que haya materiales; es preciso tambien un artifice que los disponga y les dé la forma conveniente. Hasta ahora solo hemos tenido en consideración la parte mecánica de la facultad que nos proponemos conocer: tiempo es de hacernos cargo de la parte espiritual. Examinando el análisis de las facultades intelectuales propuesto por Condillac, observamos que al describir la imaginación habia prescindiendo, lo mismo que al tratar del juicio y de la reflexión, del sugeto á quien esas cualidades pertenecen. Enumeré los elementos necesarios para que sus actos lleguen á efectuarse; mas no tuvo presente que sin el *yo*, las combinaciones que se atribuyen á esa facultad fueran tan inconcebibles, como lo seria la formación de la luz sin el *fiat* del Eterno. No nos parece necesario insistir en una cosa de suyo tan clara, que solo el espíritu de sistema pudo desconocerla: la intervención de la actividad humana aparece aquí manifiesta sin que nos esforcemos en persuadirla.

Pero hai que tener en cuenta que, á mas del *yo* y de los recuerdos producidos por las sensaciones, se encuentra en las obras de la imaginación otro elemento que no puede

referirse ni á estas ni á aquel. Fácil es comprender que, habiendo tanta analogía entre las propiedades de los seres animados, el ingenio ha de descubrir entre unas y otras mil relaciones diversas: las composiciones de los poetas así lo demuestran. Homero comparaba á Aquiles con el leon enfurecido, y Milton á los ángeles arrojados del cielo, con las hojas que caen de los árboles en el Otoño. Tambien se concibe como, reuniendo varias cualidades esparcidas entre objetos diversos, se forman esos tipos cuyo original, segun poco ha lo hemos advertido, no se halla en el mundo real. Tales son la *muerte* y el *pecado* descritos por el mismo Milton en su célebre poema; y por punto general, los personajes alegóricos de que tanto uso suele hacerse en las obras de los poetas.

Siendo la *imaginación* una de las facultades que se modifican mas en su gradual desenvolvimiento, nada seria tan interesante como seguir su historia, caracterizando al paso sus épocas sucesivas así en el individuo como en la humanidad; pero cíñéndonos á indicar esta especie de *desideratum* en las ciencias psicológicas, en la literatura y en las artes, trasladarémos aquí una brevísima reseña que podria considerarse como la mas breve sinópsis de un trabajo tan importante. Arriba el hombre á la existencia por la sensación: sus primeros pensamientos son impresiones; sus primeros deseos son apetitos: su *imaginación* entónces no viene á ser en sustancia sino la memoria imaginativa, este espejo del mundo sensible, que no refleja todavía ni el menor rayo de esa luz que se llama idea. Despues, cuando la inteligencia propiamente dicha despierta ya, y mezcla sus primeras concepciones con las impresiones sensibles, la *imágen* comienza á entrever lo ideal confusamente, al través de las imágenes de la realidad: he aquí su primer momento. Entónces confunde lo ideal y lo real, lo invisible y lo visible, lo infinito y lo finito en un todo concreto, y no teniendo aún el sentimiento claro y distinto de lo ideal, ni el tipo cabal de lo bello, adopta sin eleccion las formas que se le presentan, y las reproduce en sus obras sin haberlas depurado. . . . Tal es, por ejemplo, la *imaginación* de los primeros pueblos de Oriente: llega de ordinario á lo sublime; pero se coloca raras veces en lo bello.

Cuando el caos de las facultades primitivamente confundidas ya iluminado, muestra distintamente cada una de ellas, dejándolas ver dentro de sus respectivas órbitas, la *imaginación* rasga poco á poco el velo que la cubre, y le va separando al mismo tiempo de las impresiones sensibles que

la ofuscaban, y de la inteligencia á quien corrompian. Adquiere la conciencia de sí misma, y se reconoce en su carácter propio, esto es, en el de una facultad puramente estética: comprende entónces que su objeto directo no es la verdad sino la belleza, esto es, la verdad en segundo término, y que sus representaciones van encaminadas á la admiración y al gusto, ménos que á la convicción y á la creencia: abandona el dominio de la religión y la filosofía que habia invadido, y viene á reconcentrarse definitivamente en la poesía y en las artes. Mas no concluyamos de aquí un divorcio entre estos dos objetos y la filosofía, porque sería muy repugnante á la naturaleza de las cosas; sino una concentracion metódica relativa á su accion puramente directa, quedando en su término respectivo en órden á las demas facultades y á los demas objetos de nuestro pensamiento. La alta moralidad de las obras de la *imaginacion* tiene por principio la eterna y profunda afinidad entre lo bello y lo verdadero.¹

Tal vez nos hemos extendido excesivamente, supuesta la limitacion á que debe ceñirse una simple reseña de las facultades del alma; pero la importancia y ramificaciones de esta nos excusará á los ojos de nuestros lectores. Baste lo expuesto para conocer que la *imaginacion* parece rozarse con todas nuestras facultades mentales; á lo ménos influye notablemente en todas, y todas á su turno concurren á desarrollarla. Diríamos que la *imaginacion* es ménos una facultad singular, que un concurso de varias, si no viésemos por todas partes el atributo distintivo que la caracteriza. Mas no por esto sería fácil determinarla con la exactitud que las otras.

CAPÍTULO CUARTO.

DE LA REFLEXION.

No ha mucho hemos dado una idea brevísima de la reflexion; mas para dar á conocer esta facultad en su carácter propio, en sus relaciones psicológicas y en sus principa-

¹ Las fuentes de donde hemos tomado el fondo de las ideas para escribir este capítulo, son el art. *Imagination*, compuesto por VACHEROT, é inserto en el *Dictionnaire des sciences philosophiques*, el capítulo VIII de la obra de DUGALD-STEWART titulada: *Elements de la philosophie de l'esprit humain, revue corrigée et complétée par L. PEISE*; [Tom. 1.ª edicion de Paris de 1845.] y por último, las *Lecciones de filosofía eclectica* por GARCIA LUNA. (Leccion duodécima.)

les efectos, es necesario tenerla antes de la *conciencia*, de la *observacion*, de la *meditacion*, del *recogimiento* y de la *contemplacion*. Trataremos de ellas como antecedentes precisos para la *reflexion*, y despues de haber hablado con mas amplitud de esta facultad, diremos una palabra más sobre la *comparacion*.

§ I.

CONCIENCIA.

Ademas del mundo material, cuyos fenómenos llegan á nosotros por medio de los sentidos, existe, como ya hemos dicho, otro mundo puramente interior, donde se refleja todo el mundo visible y existe otra multitud de objetos inaccesibles á los sentidos, y que no tienen ménos variedad ni inspiran menor interes que los que ofrece al espectador el cuadro magnifico y sublime del universo. Este mundo todo espiritual se llama interior, porque las escenas que nos presenta pasan dentro de nosotros, y nos basta reconcentrarnos en nosotros mismos, para tomar conocimiento de todas las ideas, de todas las afecciones, de cuanto existe en las regiones profundas de nuestra alma. Sea cual fuere el carácter propio del objeto que sentimos, siempre se nos manifiesta de un modo análogo; lo cual basta para suponer que en el número de nuestras facultades internas existe alguna destinada exclusivamente á advertirnos de lo que pasa dentro de nosotros, una facultad que nos ponga en relaciones, digámoslo así, con nosotros mismos, y nos otorgue por este medio un dominio absoluto sobre los muchos ó variados fenómenos de nuestro espíritu. Esta facultad se llama *conciencia*. Centinela vigilante y constantísimo de nuestro interior, nada pasa en él que le sea desapercibido: testigo irrecusable de cuanto se agita, se obra y existe en estas regiones que el ojo no mira, ni el oido escucha, ni el tacto alcanza, es digámoslo así, el grande y fiel cronista de nuestras facultades internas, de nuestras ideas, de nuestras pasiones y de todos nuestros pensamientos.

Mas esta escena de la vida interior es tan variable y movable de por sí, tan rápida la sucesion de los objetos que por ella pasan, y son tan tenues de suyo los vestigios que dejan, que su vida sería instantánea, perdiéndose para siempre, si no contáramos con el poder necesario para volver de pronto sobre estas huellas fugitivas, á efecto de fijar sobre ellas nuestra atencion, y reproducirlas espiritualmente, y re-